

44 | TRAZOS

Jugadores de ajedrez

'Duelo de alfiles' apenas enseña nada sobre ajedrez, pero constituye una suprema lección de y sobre literatura

MANUEL PECELLÍN

Natural de Ibiza (n. 1963), donde reside, Valero se enfrenta a los envites de la insularidad y un turismo agobiante amparándose en la lectura y la escritura sin tregua. Premio Loewe de poesía, es autor de una importante obra lírica, numerosas novelas y diferentes ensayos, entre los que cabe recordar *Experiencia y pobreza*. Walter Benjamin en Ibiza, dedicado al gran pensador, también presente en numerosas páginas del texto aquí reseñado.

Duelo de alfiles tiene mucho de libro de viajes, pero el afán del au-

tor por recoger «las confluencias» culturales e históricas, especialmente las literarias, de los rincones que visita, lo aproxima también al género ensayístico. Según confesión propia, hay momentos en que se le impone de manera imperiosa partir del territorio habitado y buscar algún refugio, siquiera sea por breves días. En ocasiones tales, según evocase Kafka en su breve cuento *La partida*, se descubre lo que argumenta el protagonista interpelado sobre el lugar de destino: «Salir de aquí es mi meta», responde, relativizando la llegada e incluso la ruta misma (Kavafis).

Valero, cuya pasión por el ajedrez parece combinar armoniosamente con la literatura, conduce a los lectores a cuatro lugares, más algunos adyacentes, en otros tantos capítulos, ilustrándonos sobre las circunstancias del entorno (desde las geográficas a las gastronómicas) y los avatares que allí vivieron algunos

de sus visitantes contemporáneos más conocidos por el narrador.

La primera excursión nos conduce hasta Helsingborg (Suecia), desde donde tan fácil resulta bajar a la isla de Fionia (Dinamarca). Así lo hizo Valero, quien pronto recuerda las partidas de ajedrez que allá jugasen dos creadores tan importantes como diferentes entre ellos, Bertolt Brecht y W. Benjamin. «El más honesto de los juegos», a pesar de cuanto exige su desarrollo (que se lo pregunten al segedano Rui Lope de Segura, el primer campeón de Europa y gran teórico del mismo), facilitaría las conversaciones entre el impetuoso comunista y el tímido marxiano, muchas veces en torno a Kafka, según recogió Benjamin en sus memorias. Los dos escuchan y comentan el discurso pronunciado por Hitler (julio 1934) tras la purga de la 'Noche de los Cuchillos Largos', precursora de tantas calamidades.

Turín es el siguiente escenario, don-

de la impetuosa personalidad de Nietzsche predomina. En él compuso uno de sus libros más comprometidos, *Ecce Homo*, que el autor dice leer asiduamente desde que su profesor de Filosofía se lo ordenase durante el bachillerato. Y allí tuvo lugar la célebre escena en la que Nietzsche, a punto ya de perder la razón, se abraza compulsivo a un caballo herido por el látigo del infame cochero. Muy cercano se halla el impresionante *Ecce Homo* de Caravaggio.

Ausburgo y Munich (el campo de concentración de Dachau está próximo) constituyen el tercer escenario, siempre con el ajedrez de trasfondo. Estamos ante el gran parque temático del nazismo, en un entorno donde pudieron confluír el mismo Hitler, Benjamin, Brecht y Kafka, cuyo relato *En la colonia penitenciaria* era toda una presunción. También los pintores componentes del grupo 'El Jinete Azul', tan odiado por los nazis, entre aquellos Klee, de quien Benjamin adquiere la famosa acuarela titulada *Angelus Novus*, tan inspiradora para el filósofo judío. («Todo ángel es terrible», así comienza la segunda de las *Elegías* de Dürer, escrita en prosa poética, de Rilke).



DUERO DE ALFILES
Autor: Vicente Valero. Editorial: Periférica. Cáceres, 2018. 168 páginas. Precio: 16 euros

Por último, este viajero-lector impenitente, empeñado en «seguir el rastro de todas las confluencias» (pág. 122), recalca en Zurich como periodista especializado en ajedrez para celebrar su 50 aniversario asistiendo al Chess Challenge, torneo de máxima magnitud, algunas de cuyas peripecias se relatan. Rilke se impone en este escenario suizo, que también conoció el encuentro entre personalidades tan poco parejas como Lenin y Tristán Tzara.

Duelo de alfiles apenas enseña nada sobre ajedrez, pero constituye una suprema lección de y sobre literatura.

la jet de papel

Margaret Atwood
Escritora

Margaret Atwood, Julian Barnes, Lee Child y otra serie de insignes escritores colaborarán en la subasta de la organización humanitaria Freedom from Torture que tendrá lugar el 15 de noviembre en el hotel Savoy de Londres. Su contribución consiste en llamar a la atención de los caracteres de sus próximos li-



bros con el nombre propio de quien más pujan por ello. Freedom from Torture es una institución caritativa que se dedica a ayudar a rehacer su vida a los supervivientes de torturas. El precio de salida de los nombres oscila entre 150 y 250 libras, pero se espera que las cantidades finales sean muy superiores. El año pasado el personaje mejor pagado, 2.500 libras, fue uno de la próxima novela de Ian McEwan.

Haruki Murakami
Escritor

Tras desechar variadas ofertas de universidades de todo el mundo, Haruki Murakami, de 69 años, ha decidido donar sus archivos a la Waseda University, de Tokio, donde se graduó en el Departamento de Literatura en 1975. «No me caben ya en mi casa ni en el oficina, no tengo hijos y me daría pena que todas



mis cosas se desperdigaran o perdieran», explicó el elusivo escritor japonés hace unos días en la primera conferencia de prensa que ha ofrecido en su país en 37 años. Los archivos donados por Murakami contienen manuscritos originales de sus novelas y otros escritos, ejemplares de sus obras traducidas a más 50 lenguas, cartas intercambiadas con diversos autores y una colección de 10.000 discos de vinilo.

Los gozos de la emulación

En 'La señora Osmond' John Banville hace una excelente recreación de la obra 'Retrato de una dama' de Henry James

ENRIQUE GARCÍA FUENTES

Una de las muchas asinaturas pendientes de mi bagaje literario es, sin duda, Henry James, el más británico de los escritores norteamericanos. Solo he leído algunas de sus obras breves y hoy echo de menos no haberme metido con *Retrato de una dama*, no solo una de sus obras cumbre, sino el precedente y detonante de esta excelente -lo digo ya- recreación que John Banville hace de esa obra de James en esta *La señora Osmond*. No es la primera vez que Banville se presta a «retomar» a un autor previo; ya lo hizo con Raymond Chandler con la afortunada *La rubia de ojos negros* (bien que bajo su seudónimo de Benjamin Black), pero

ahora está claro que sube la apuesta y se atreve nada menos que con uno de los más respetados y admirados autores del siglo XIX. En puridad, no es estrictamente necesario haber leído la obra que inspira nuestra opción de hoy para disfrutar de ella (me pongo como ejemplo), pero qué duda cabe que contando con el bagaje previo del conocimiento de la novela de James se aclaran y se completan (y se entienden y hasta se maravilla uno) de las soluciones propuestas por Banville.

Porque *La señora Osmond* es bastante más que una simple segunda parte de la novela de James: es lo que podría haber sucedido tras el final abierto con que concluía aquella, con lo cual, aunque parta de los mismos mimbres que la construyeron, el cesto resultante es de una impecable originalidad. Banville imagina ahora a Isabel Osmond huyendo de Roma y de su fracasado matrimonio, en busca de la libertad e independencia, pero consciente de que,



LA SEÑORA OSMOND
Autor: John Banville. Editorial: Alfaguara. Madrid, 2018. 384 páginas. Precio: 20,90 euros

al final, habrá de regresar a Italia y enfrentarse con su esposo. Para los conocedores de la obra madre será más que satisfactorio encontrarse de nuevo con personajes clave en aquella que ahora Banville, asentándose en sus rasgos prefigurados, modelará de manera convincente, sin traicionar en nada su carácter primigenio. Pese a la ausencia obligada del generoso primo Ralph Touchett, el lector saludará otra vez al perverso y maquiavélico Gilbert Osmond (notablemente enriquecido ahora por Banville en esta continuación), la no menos intrigante Madame Merle, la viuda Mrs. Touchett, de gran influencia sobre la protagonista, los antiguos pretendientes Lord Warburton y Caspar Goodwood, la inocente hijastra Pansy (ascendida ahora a otro de los

ejes importantes de la actual peripecia), así como a su infeliz enamorado Edward Rosier, a la hermana de Osmond, la condesa Gemini, ahora con un papel más destacado o a la incordiante amiga de Isabel, la exaltada Henrietta Stackpole, entre otros. A ello agrega algunos nuevos, magníficamente elaborados y de gran presencia durante la novela, como la ceñuda criada Staines o la relevante y enfermiza vegetariana Miss Janeway, cuya dedicación al feminismo sufragista abrirá un insospechado camino a Isabel en su búsqueda de reubicación.

La fidelidad con que Banville asume el riesgo de continuar a James se percibe en que los comienzos de la trama de su novela continúan sin casi alteración lo que hubiera podido ser el plan previsto por el autor norteamericano; así encontramos a Isabel retirando una gran cantidad del dinero que, antes de morir, le había legado Mr. Touchett, tras hacer caso a la sugerencia de su hijo Ralph. Esto permitirá a Isabel gozar de la independencia necesaria para llevar a cabo sus nuevos planes. Porque aquí reside la clave que permita considerar a la novela de Banville como una digna sucesora de la que realizó James. No se trata de comparar, porque lo que es evidente es que Banville, un autor del siglo XIX, no podía quedar anclado en los es-

quemas y tratamientos de finales del XIX: pasaría como un mero ventrilocuo, un simple continuador. Se trata de valorar el alcance y la pertinencia de lo que el irlandés propone con su recreación y hay que decir que la opción elegida (que no es otra que la de «contemporaneizar» a Isabel Osmond, hacer que la atraigan asuntos de palpitante actualidad, en suma, transformarla en una mujer de su época que empieza a no conformarse con el papel pasivo y sumiso que le impone la sociedad y que demanda su independencia) funcionan, desde mi punto de vista, a la perfección. Por decirlo claramente, el éxito de la versión de Banville radica en que su novela, a pesar de respetar pulcramente, incluso regodearse en su atmósfera anticuada, se dirige al lector del momento presente.

Es verdad que, para quien insista en la comparación con su predecesora, esto que acabo de señalar podría convertirse en un arma de doble filo. La fidelidad de Banville a la hora de lograr (que no solo imitar) el estilo de James puede, precisamente, lastrar, acobardar al lector actual, poco acostumbrado y tolerante con las destrezas sintácticas (Banville escribe igual de «bien» que Javier Marías) pero al que le fascinan las proezas del arte de contar se sentirá como en la gloria.